

Durante el día disimulaba en parte sus impresiones; pero por la noche, á esa hora que se puede llamar la de la marea de las lágrimas, se asomaba á la portezuela del carruaje y lloraba, mientras que Allán y su madre la creían ocupada en respirar el aire saturado de los perfumes de aquellos climas. Es la primera vez que, con un maravilloso y enternecido reconocimiento, que casi rayaba en lo absurdo, se haya sabido hasta qué grado llegaba la felicidad en el país mismo en que se ha sido dichoso.

III.

Volviendo á los Sauces con tal sentimiento de pena, la señorita de Scudemor veía de nuevo el país que no amaba en pleno invierno, estación que le quitaba lo único que hubiera podido recordarle débilmente la Italia. Si Allán no hubiera estado tan afectuoso con ella, habría sido muy desgraciada.

Nunca había hecho la menor alusión á la felicidad que experimentara cuando había vuelto á acercarse á ella, tratándola como en otro tiempo; pero aquella dicha inesperada la sostenía contra el fastidio del presente y contra los presentimientos del porvenir. En efecto; su posición era muy triste, teniendo que pasar el invierno en la soledad más completa, después de haber frecuentado el mundo adonde su madre la había llevado en Italia, despertando los instintos que duermen en toda mujer y le hacen amar las fiestas, los adornos y toda esa vida de los ojos que precede siempre á la del amor.

Si Camila hubiera amado mucho á su madre, ó si su madre la hubiera amado á ella, habría encontrado una dulzura en su sacrificio que la hubiera hecho olvidarlo todo al encerrarse con ella en el castillo de los Sauces para cuidarla; pero la afección de Camila no era lo suficiente para ser feliz en sacrificarse, no teniendo nada que oponer á las tendencias de su imaginación, que la transportaban lejos de la vida que se veía obligada á llevar. Aquel corazón apasionado se destrozaba con las sequedades del deber, y para colmo de desgracia, no tenía ni aun la austera alegría de cumplir con su misión. La señora de Scudemor no aceptaba los cuidados de su hija, rechazándolos dulce y graciosamente, no tanto por inútiles, como por fatigosos; pero rechazándolos tan en absoluto, que Camila, á la que su madre había inspirado siempre temor, nunca se atrevía á insistir.

Solamente le quedaba Allán, y mientras él permaneciese allí, tendría fuerza suficiente para soportar la existencia solitaria y monótona, que la hacía sufrir más aún desde que no era ya una niña. Cuando la señora de Scudemor le había suplicado que fuese á pasar el invierno en París, había tenido un miedo espantoso de que Allán aceptase; por más que, hábil en ocultar todo lo que sentía (educación terrible

que da el dolor y que había aprovechado notablemente), no dejara escapar nada, ni de su disgusto primero, ni de su alegría más tarde cuando el joven se negó resueltamente á partir.

Tuvo algunos días de tal embriaguez interior, que una tarde, no pudiendo resistir más, abandonó la ventana cerca de la cual trabajaba, y fué á buscar al joven para darle las gracias por haber permanecido en los Sauces. No podía resistir al reconocimiento; ella tan fuerte, que tanto había llorado en su interior cuando Allán la rechazó, sentía su corazón próximo á estallar, no pudiendo contener su felicidad.

Le encontró en la biblioteca del castillo, donde trabajaba largos ratos desde que concluyera su amor á Iseult. Á aquella hora, la noche á punto de cerrar, no dejaba pasar por las ventanas la luz suficiente para poder detallar los objetos, y estaba sentado delante de un libro abierto, en el que no leía, con una mano entre el cabello, y jugando con la otra con un cuchillo de marfil de cortar papel, demostrando su actitud que no pensaba en lo que hacía. En efecto, pensaba en lo que contestó á la Condesa de Scudemor el día que con tanta instancia procuró decidirle á que volviera á París.

—Soy yo, Allán (dijo entrando): ahora que está oscuro no trabajaréis, y, por tanto, creo que no os incomodaré.

—¿Os envía á buscarme vuestra mamá?— preguntó con precipitación.

—No, no es mi madre; soy yo, Allán, quien viene á...

Sentía indecible deseo de arrojarle á su cuello y confesárselo todo; pero un sentimiento verdadero, aunque sólo sea el reconocimiento, nos hace tímidos: no pudo acabar la frase, y se deshizo en llanto.

—¿Qué tenéis, querida Camila? (le preguntó con interés.) Me asustáis. ¿Os ha sucedido alguna desgracia?

—¡Oh, no! (dijo con voz entrecortada por los sollozos.) Al contrario; lloro de felicidad.

Y la inocente niña escondió su cabeza en el pecho del joven.

—Mirad, Allán; no me he atrevido.... (continuó después); no me he atrevido á deciros cuán dichosa me habéis hecho, hace tres días, cuando respondisteis á mi madre.... que no partiríais.... ¡Oh! Entonces creí volverme loca de alegría, y ahora tenía tal necesidad de decíroslo, que hubiera muerto si no vengo á hacer esta confesión.

Y volviendo á encontrar en su felicidad el dulce tratamiento de la infancia, añadió:

—¡Gracias, Allán; gracias, hermano mío, por toda la felicidad que me has proporcionado!

Allán se hallaba profundamente conmovido. Aquel tuteo que volvía á escuchar de los labios de Camila, le reveló toda la ternura que en él se ocultaba.

—Sí, Camila, sois mi hermana querida,— le dijo, estrechándola en el más casto de los abrazos.

—¡Ah! Tu hermana para siempre (continuó ebria de felicidad). No sabes cuánto te ama tu hermana; si lo supieras, no podrías jamás pensar en abandonarla.

—Estad segura (replicó el joven enternecido), que jamás me separaré de vos, Camila.

—¡Háblame de *tú*, puesto que soy tu hermana!— interrumpió la impetuosa criatura, estrechándole entre sus frágiles y delicados brazos con tanta fuerza como si hubieran sido de hierro.

—Pues bien; no, hermana mía; no me separaré nunca de ti: te lo juro.

—¡Jamás!—dijo ella impetuosamente, y con una fuerza, que parecía dominar el porvenir.

—¡Jamás!—repitió él, arrastrado por el entusiasmo de la niña.

Camila se abrazó á su cuello con más ardor aún que la primera vez.

Ambos estaban enternecidos y lloraban; pero vertían las lágrimas más dulces que se puedan

derramar. ¡Ay! Era la primera alegría pura y verdadera que uno y otro experimentaban. Los dos acababan de empeñar su porvenir. ¡Momento soberbio en la vida, en que el hombre dice *jamás*, como si fuera un Dios!

Bajo el imperio del afecto más bello de todos, el de una hermana para su hermano, y el de un hermano para su hermana, habían cambiado sus almas. Felicidad inaudita, de que el joven gozaba menos que Camila, porque él había gastado su alma en la pasión, mientras que la de la joven estaba ocupada por todas esas ignorancias que la hacen á propósito para gozar todas las felicidades de la vida, y sobre todo las más celestes como más inocentes.

Desde aquel día ya no volvió Camila á sentir el fastidio que la inspiraba antes el castillo de los Sauces, pues estaba segura de su hermano, segura de que no la faltaría jamás. Todos los países le eran iguales, puesto que en todos había de vivir cerca de él. Como acontece siempre, en su falta de costumbre de ser feliz, había olvidado el pasado y no se daba cuenta del presente.

Allán pensaba más en ello. Él había amado, adquiriendo la triste virilidad de las pasiones, y se preguntaba si habría entre Camila y él alguna cosa más que la amistad de hermano y hermana; pero como sus sentidos habían per-

manecido serenos bajo la impresión de sus caricias, se respondía negativamente con la mayor seguridad.

Enternecido del sentimiento que Camila le había revelado repentinamente, se ocupó de ella más que nunca, olvidando las horas á su lado, y viviendo la misma vida. Le leía los libros que acababan de publicarse, bebiendo las ideas y los sentimientos en la misma fuente, y entendiéndose mejor uno á otro cuando menos hablaban; entremezclando el *tú* y el *vos*; pero el *vos* en voz alta, y el *tú* en voz baja, y haciéndolo así, no por instinto culpable, sino porque las afecciones más angélicas tienen necesidad de un misterio en que recogerse.

Comprendía Allán la posición de la señorita de Scudemor para con su madre, y veía la barrera de hielo que separaba á las dos mujeres, explicándose por aquel aislamiento de la niña la vivacidad de su afección, sin suponer que aquella amistad ocultase un sentimiento menos puro. De esta manera los peligros de la intimidad se velaban por los motivos más puros y las costumbres de toda la vida, y se deslizaban insensiblemente por encima de aquel volcán, en el que más tarde, al apoyarse su pié, haría surgir el incendio.

Aquella vida era tanto más dulce para el joven, cuanto que la ignoraba por completo. La

intimidad que había tenido con la señora de Scudemor en el tiempo que la amaba, no se parecía en nada á esto. Se ha visto con qué desesperación había recibido la idea de la separación, y aunque Iseult la hubiese correspondido con la misma intensidad que él la amaba, la intimidad se halla siempre turbada por las espontaneidades contradictorias de la pasión.

Sin embargo, ¿puede decirse que sólo el encanto de la intimidad fuera lo que arrastrase á Allán, y le fijase al lado de Camila?... ¿Era únicamente para gozar de la dulzura de aquel baño de agua dulce después de los rudos embates que había sufrido de las pasiones, para lo que se sumergía en aquel bienestar?... ¿No había en aquellas efusiones mudas ó habladas á medias que se inauguran con una mirada y concluyen con una sonrisa, no había para él una voluptuosidad ignorada del corazón? Por mucho cariño que tuviese Allán á Camila, por mucha felicidad que experimentase con la intimidad de aquella amable niña, había un motivo que no era ni ese cariño ni esa felicidad para hacerle aquella intimidad, sin saberlo Camila, más preciosa aún.

Y ese motivo era su situación respecto á la señora de Scudemor. Le había producido tal embarazo el día que le suplicó que dejara los Sauces y se volviera á París, que no tuvo

la menor duda de que ésta comprendía lo que él había ocultado hasta entonces. ¿No había demostrado algo de felicidad (felicidad un poco burlona, es cierto) en sus alusiones respecto á la afición al mundo que demostrara en Italia? Aquellas alusiones, y ese era su temor, habrían podido ser más positivas todavía. Temía confesarla que no se equivocaba; y como no se había atrevido á tomar la iniciativa, no quería sufrirla en boca de Iseult. Mira estrecha, mezquina, vanidosa, pero que le dominaba irresistiblemente, porque no se puede uno juzgar separado de la pasión que lleva en sí.

El hombre no advierte los malos frutos que ha recogido de las pasiones hasta que éstas han muerto, y sólo entonces puede inventariar los tristes elementos que entran en su composición; examen amargo de conciencia que Allán no había evitado, pero en el cual no llegaba todavía á la mitad. De toda pasión queda siempre en el alma una costumbre, que muchas veces es imposible desarraigar, una enervación que no se detiene en los órganos.

Este malestar de la debilidad era el que retenía á Allán en su vida pasada, ese era el nudo inextricable que le sujetaba en la vida presente al tropel de sucesos que habían tenido ya lugar. Situación falsa y escabrosa, que

la señora de Scudemor no procuraba precisar más; situación dolorosa, cuyas asperezas no suavizaba por completo la amistad desinteresada y tierna de Camila.

El silencio de la Condesa acerca de este punto, que no había hecho más que indicar á Allán con el fin de demostrarle que su cambio le era conocido, se fundaba en el conocimiento profundo que tenía de la situación del joven.

—¿Á qué viene (se decía) una explicación tan penosa para él como inútil para mí?... ¿No está todo concluído entre nosotros? Él no sufre ya; y el embarazo de haber sido adivinado por aquella á quien no ha engañado, la confusión que se experimenta en una situación como la suya, duran poco.

Y por estas razones, siempre generosa, se afirmaba en la resolución de no hablar al joven de un asunto que tanto temor parecía inspirarle. Y, por otra parte, veía con sumo contento que la afección tranquila, los lazos fraternales, la confianza de otros tiempos, volvían á reanudarse entre Allán y Camila, y esto era para ella una prueba convincente de que ya no quedaba nada de un amor que por tanto tiempo la había afligido.

IV.

Esta época fué la más dichosa para las personas de esta historia. La señora de Scudemor había recobrado la noble tranquilidad que se reflejaba de una manera tan admirable en toda su persona; aunque estaba cada vez más débil, á consecuencia del sufrimiento que había adquirido en Italia, y que los médicos no se atrevían á calificar; á pesar de su enfermedad, era dulce como siempre; pues los males del alma le habían enseñado á no inquietarse por los del cuerpo; no era la suya de esas amabilidades frágiles que no resisten á una jaqueca ó un ataque de nervios. Por miedo de importunar á los demás, *aquella egoísta que no amaba á nadie*, como decían en el gran mundo, tenía valor suficiente para sonreír á través de su dolor.

Si Allán no hubiese amado en otro tiempo á la Condesa; si hubiera sido siempre lo que era entonces, hubiera saboreado sin turbación las exquisitas dulzuras del momento actual;

pero el pasado, los recuerdos, los temores, le agitaban en el seno de aquella paz infinita que no había sospechado, y que tal vez influían, sin saberlo él, en el sentimiento que experimentaba por Camila, y que la hubiera hecho feliz, porque las afecciones no son buenas sino cuando no tienen ninguno de los caracteres positivos y devoradores de las pasiones.

Camila, que tenía también su pasado, pasado que debía volver á encontrar más tarde, se entregaba entonces (sin pensamiento ulterior) á la dicha de amar y ser amada. La sensibilidad á que la Condesa no había querido dar desarrollo en aquella niña, se repartía sobre Allán, como un torrente que trata de formarse un lecho. Desposeída del cariño maternal, Camila había amado siempre al joven exclusivamente; pero su afección se asemejaba poco á lo que era desde que había dejado escapar su secreto.

Las mujeres tienen tal necesidad de ser felices, que resisten á sus más impetuosos sentimientos cuando no tienen la certeza de que sean compartidos, y hasta sus combates ocultan una debilidad; pero cuando no existe duda alguna, se lanzan, con toda la fuerza de las necesidades de su corazón, al sentimiento que las arrastra, y su amor aumenta tanto como su intrepidez.

Camila se había dejado arrebatar por el suyo, con un olvido completo de todo lo que no era su amor.... y era tan grande y tan profundo, que ni un sólo deseo se mezclaba á él: se bastaba á sí misma, y se sentía verdaderamente dichosa. ¡Increíble magia del corazón! Era dichosa en la soledad de los Sauces, durante un invierno tan triste, ella que hubiera brillado en el mundo por la belleza y por las fascinaciones de toda clase de que estaba dotada, y que hubiera reinado en los salones que había frecuentado, como la soberana de derecho divino de la hermosura. Ella, á quien la habitación de una enferma convenía tan poco, era dichosa en semejante aislamiento, en una campiña en la que llueve casi constantemente, lejos de todo lo que hubiera podido simpatizar más con el vuelo de su espíritu y la naturaleza de su carácter, dichosa con una felicidad tan grande, que colmaba el ardiente deseo que de ella hay perpetuamente en el corazón de la mujer.

Y esta felicidad de un alma extasiada, irradiándose á través de las bellezas que en ella brillaban, le daban un esplendor extraordinario. Las mujeres felices, considéreselas como se quiera, son unas criaturas notables: desde el primer momento que se las ve, se imponen como á la vista de una maravilla, y si no se

adivina en seguida lo que admira y confunde en ellas, es porque nosotros no podemos reconocer sino lo que hemos visto ya: ¿y dónde habremos podido ver una felicidad semejante para reconocerla?....

Seres raros, parecen hechos de una luz dulce y penetrante, que no es luz como la que proviene de ninguno de los astros del cielo; tienen movimientos que no son las agitacione de nuestros deseos, ni las variaciones de nuestros caprichos, sino un ritmo de la celeste poesía que canta en su alma: diríase que es una revelación momentánea de todo lo que no se comprende: habitan en la vida á profundidades inmensas, en que los extremos confluyen en la unidad del destino común, y son desgraciados en su misma felicidad, porque no pueden morir en ella.

Por esta razón Iseult, la gran desgraciada, se preguntaba muchas veces por qué su hija embellecía cada vez más, y no podía saber cuál era la causa. Creía tal vez que era la fuerza de la juventud, y no conocía que era su felicidad lo que irradiaba de ella. ¿Quién puede pintar lo que no tiene formas, lo que no tiene analogía con nada en el gran simbolismo de la naturaleza?

La oposición entre la vida dichosa de Camila y las facultades de que se hallaba dota-

da, se retrataba en la expresión de todas sus facciones y el carácter de su belleza, y en esa expresión hubiera podido sorprender la Condesa el misterio que trataba de averiguar. Era la primera vez que dos ojos tan negros ostentaban una ternura que sería admirable en los más tiernos ojos azules.

Aquella belleza de la felicidad, que tanto admiraba á la señora de Scudemor, también había llamado la atención de Allán, por más que tampoco la comprendía. Aunque le era imposible equivocarse acerca de la intensidad de la amistad de Camila, no creía, sin embargo, ser la causa de aquellos magníficos reflejos del corazón en la belleza de una mujer. ¡Cosa admirable! Los hombres pierden su fatuidad instintiva á medida que adquieren más vehemencia los sentimientos de que son objeto. Se alaba uno de un capricho, pero se calla una pasión; y eso ¿es conciencia de sí mismos, ó cobardía?.... ¡Ay! pueden ser las dos cosas á la vez. No tuvo la vanidad de pensar exactamente con respecto á Camila, y le admiró como la amaba; pero no buscó el secreto de su hermosura como había procurado profundizar el de su amor.

Por lo general, Camila era seria y hablaba poco; si su infancia había sido una serie de risas locas y de alegrías fogosas, su juventud

era grave en extremo. El sufrimiento le había quitado muy pronto esos arrebatos impetuosos, que no son otra cosa que movimientos producidos por el exceso de vida, tan espontáneos en los niños; pero que una vez perdidos, no vuelven á tenerse más; y cuando se acabó el sufrimiento, la felicidad la hizo concentrarse en sí misma cada vez en mayor.

Si hubiese tenido una madre como todas las demás jóvenes, si hubiera frecuentado el gran mundo, probablemente hubiese sido tan expansiva en sus alegrías como ellas, y hubiera recordado la fogosidad de la niña en los ímpetus de la mujer móvil, apasionada, espiritual. Pero en la soledad, y al lado de una madre, á la que temía á pesar de la dulzura de sus maneras, habituada al disimulo, al ver herido su sentimiento, se había acostumbrado á guardar silencio, á ser reservada y á guardar dentro de sí misma toda la actividad de su alma.

Y, por otra parte, ¡era dichosa!: frase inexplicable que á todo responde. Cuando se es dichoso, se teme perder, en las ondulaciones de una alegría la más fugitiva, algunas gotas de ese néctar delicioso en el que se sumerge con placer el corazón.

Allán se hallaba enternecido por el modo silencioso de amar de Camila, que contrasta-

ba tan vivamente con el recuerdo que tenía de ella y de su infancia; y la amaba tanto más, cuanto que había tenido muchas veces arrebatos que le habían hecho ser duro con aquella niña encantadora, idea que causaba su enternecimiento. Por un lado su sentimiento, que había permanecido esclavo por el ascendiente de la señora de Scudemor, recuperaba su nivel con Camila: se sentía más varonil, y las relaciones del hombre y la mujer eran entonces lo que debían ser. ¡Se encuentra una personalidad tan indestructible en el fondo de todos nuestros sentimientos!

El hombre se desprende muy poco de sí mismo, y en las afecciones más desinteresadas, siempre reaparece entero, violento; y no hace falta un motivo muy poderoso, ni una gran causa, para hacerle estallar repentinamente. Una flor mirada por mucho tiempo, un libro que no se cierra demasiado pronto, un piano ó un arpa que entretiene mucho, es bastante para convertirle en déspota, ó víctima de una emoción que no ha causado; es lo suficiente para causarle espanto, y el hombre que siente espanto es siempre cruel.

La especie de adoración de Camila debía necesariamente exaltar á Allán, y desplegabá ante ella una variedad infinita de pensamientos. Otra mujer le hubiera encontrado seduc-

tor, elocuente, irresistible; pero ella se encantaba con él, y no se preguntaba si era creación suya, ó es que el joven era realmente como le veía. Le escuchaba emitir sus opiniones á cualquier propósito, y las recogía como oráculos.

La vida intelectual, como la vida sensible, la recibía de él, y sea que él hablase, sea que le leyese los versos de algún poeta, le oía palpitante, con los ojos bajos y mudando de color, conociendo que para reponerse no tenía necesidad de otra cosa que de mirarle, impidiéndole su vista desvanecerse.

La señora de Scudemor veía con gusto que las hermosas facultades del joven habían salido incólumes de su pasión y la sobrevivían, y sentía también la dicha de escucharle á su modo; triste dicha, sin emoción ni alegría; dicha hecha expresamente para ella, cuya alma no podía ya gustar de ningún placer con entusiasmo. Algunas veces, arrastrada por el torrente de ideas de Allán, recordaba su lenguaje animado, tan impropio de la vida incolora que llevaba, lenguaje que había usado con él en algunas ocasiones, y que el mundo no la conocía; pero aquellos instantes eran de corta duración: el entusiasmo de las ideas no la conmovía más que el entusiasmo de los sentimientos. Sonreía, no para los demás, sino para

sí misma, cuando su lenguaje se enardecía algo con el reflejo del ardor del lenguaje de Allán, cuando sus impresiones llegaban á ser algo tibias con aquel fuego, cuando su último interés espiraba con el amor de aquel niño.

Otra mujer que la Condesa, hubiera sentido tal vez algo de curiosidad por saber qué pensaba Allán de su conducta, ahora que la consideraba á sangre fría; pero á ella no se le podía ocurrir semejante idea. La vanidad no conseguía hacer oír en su corazón esta última y sutil reclamación. Por más que le parecía superior á los demás hombres, aunque solo fuese por la superioridad de la juventud, al fin era hombre también y le eran indiferentes sus juicios y su desprecio. Cuando le veía sufrir por su causa, había obedecido á su instinto de mujer; y si aquello podía haber extraviado la opinión de cualquiera, aunque fuese el mismo Allán, se inquietaba poco ó nada por tal cosa. Que el joven, ingrato, volviese en contra suya las ideas de una moral vulgar, ó, superior á la turba grosera, le conservase un respeto que ella creía merecer, no le servía ni de pesar ni de recompensa. La indiferencia, y no el orgullo, impidió que semejante idea naciera é interrumpiese la soñolienta indolencia en que había vuelto á sumirse desde el momento en que no se trataba más que de ella sola.

Al ver que la Condesa no volvía á insistir en las alusiones que había aventurado una vez, no tardaron en disiparse los restos de inquietud y temor que agitaban á Allán. Soñador y débil como en otra época, porque la pasión no le había anonadado, no se curaba del porvenir, ni se preguntaba en qué concluirían aquellos días.... Había sufrido grandes dolores, y, al curarse de ellos, se hallaba como el que sale de una enfermedad, y siente más la necesidad de vivir; para ello había ahogado su conciencia, testigo importuno de todas sus debilidades nuevas, en el almohadillado y la seda de una vida sin salida.

No era dichoso con la alegría punzante y absoluta de Camila, porque no tenía ni su frescura de alma, ni la primitiva energía que no ha conocido nunca un momento de cansancio; pero se mantenía en una especie de beatitud indefinible y vaga, en la cual sus antiguos sufrimientos eran sólo una especie de sueño del espíritu. ¿No hay días en que algunas ondas azules se extienden en el alma vuelta á su serenidad y cubren todos los recuerdos?

Pero el olvido marchita pronto su recuerdo, y no presenta sino á largos intervalos sus ilusiones consoladoras. Allán podía colocarse en el presente entre el porvenir y el pasado, sirviéndose del uno para ocultarse del otro.

Todo lo que hubiera podido recordárselo, aun en la señora de Scudemor, se iba borrando. Ésta iba ofreciendo cada vez más marcados los signos de la vejez próxima, haciendo un contraste notable con la fresca hermosura de Camila. Allán no reconocía ya á su ídolo; había desaparecido de su vista aquella belleza tanto tiempo adorada, y no se le ofrecía como un reproche mudo de la fragilidad de su amor.